

Capítulo 4

La racionalidad económica, social, ambiental y política de la estrategia del desarrollo humano sostenible

Racionalidad Económica

La racionalidad económica de la estrategia se basa fundamentalmente en el hecho de que actúa de manera simultánea sobre problemas económicos persistentes en economías en desarrollo, a saber, demanda agregada efectiva insuficiente, bajos niveles de productividad en los procesos productivos, alto grado de concentración de los ingresos y la riqueza, persistencia de altos niveles de inflación, desequilibrios en el sector externo y altas tasas de desempleo, con un importante componente estructural. A continuación se analiza el impacto que una estrategia orientada hacia el desarrollo humano sostenible tiene sobre algunas de estas variables económicas.

La Estrategia de Desarrollo Humano Sostenible y la Demanda Agregada

Un buen número de países en desarrollo, Colombia incluido entre ellos, presenta como uno de los grandes obstáculos a su desarrollo el problema de la estrechez de sus mercados internos, principalmente por el hecho de

ser países con un tamaño de población relativamente pequeño y presentar distribuciones de ingresos muy concentradas, lo cual no permite producir a escalas más amplias y disminuir costos unitarios (Chenery et al., 1974; Banguero, 1983).

La respuesta a este problema en la mayoría de ellos ha sido la de buscar mercados para sus productos fuera del propio país, mediante el diseño de paquetes de políticas para promover exportaciones. Sin embargo, esta manera de proceder hace el crecimiento de la economía altamente dependiente de la situación del comercio mundial, lo cual es bastante impredecible.

En Colombia, por ejemplo, la tasa de crecimiento de la economía fue superior al promedio histórico de largo plazo durante la década de los 70, debido en gran parte a la situación de auge del comercio mundial, lo cual permitió encontrar mercados para un conjunto de exportaciones llamadas menores, el cual creció a tasas realmente elevadas en esta década (Departamento Nacional de Planeación [DNP], 1977). Esta situación cambió radicalmente a principios de los años 80 y el crecimiento económico se vio seriamente afectado por la caída en las exportaciones menores, producto de la recesión mundial (Departamento Administrativo Nacional de Estadística [DANE], 1984). Recientemente, a raíz de la caída de los precios del petróleo y las materias primas en el mercado mundial, nuevamente el país se ve abocado a un enfrentar un déficit en su balanza comercial y una reducción sensible en la tasa de crecimiento del PIB a causa de la caída de los ingresos por exportaciones (DANE, 2015). Frente a esta situación, el esfuerzo de los gobiernos para promover exportaciones, generalmente con un alto costo fiscal, es de dudosa eficacia.

Por otro lado, las políticas de control natal introducidas en los países del tercer mundo, con el propósito de frenar el crecimiento poblacional, están comenzando a impactar de manera negativa el crecimiento de la demanda agregada de los bienes de consumo masivo. Colombia no es una excepción y los efectos planteados por Keynes (1937), para el caso de la economía inglesa y norteamericana en el siglo pasado, parecen estar apareciendo en los países que han avanzado en su proceso de transición demográfica.

En el caso colombiano (Banguero, 1983, 1985), la tasa de fecundidad en Colombia ha descendido rápidamente en los últimos 50 años y se acerca al nivel de reemplazo. Dada la reducción de la población en las edades jóvenes, los mayores consumidores, y el aumento en la población adulta mayor, como consecuencia de esta transición demográfica, los niveles de consumo de bienes básicos se reducen y, en contraposición, la economía presenta altos niveles de ahorro agregado. Esto crea problemas serios para la economía, puesto que la disminución del crecimiento de la población es un hecho irreversible en la mayoría de los países en desarrollo, y su efecto negativo sobre la demanda agregada es inevitable y tendrá que ser compensado con otras medidas de política macroeconómica orientadas a ampliar los mercados.

Es aquí donde una estrategia de desarrollo orientada hacia el desarrollo humano sostenible puede hacer contribuciones significativas a la solución del problema, en la medida que permite mejorar la distribución de los ingresos. En efecto, como lo plantea Becker (1977; Stiglitz, 2012), políticas orientadas a redistribuir ingresos a favor de los estratos más pobres de la población tienen un doble efecto expansivo sobre la demanda agregada, ya que, además del conocido efecto ingreso, o sea, más cantidad comprada por consumidor, se da un segundo impacto, tanto o más importante que el anterior, al dar acceso al mercado de ciertos bienes y servicios a consumidores que antes no lo tenían debido a sus bajos ingresos. En otras palabras, se daría no solamente un desplazamiento a lo largo de la curva de Engel para ciertos bienes de consumo masivo, sino que habría un desplazamiento hacia arriba de la misma curva.

Sin embargo, una redistribución estática del ingreso mediante, por ejemplo, una reforma tributaria radical, que transfiera ingresos en el corto plazo de ricos a pobres, sería incompatible con el propósito de mantener bajos niveles de inflación, a menos que el país tenga reservas disponibles para importar bienes de consumo masivo, lo cual no es lo común. De hecho, la demanda efectiva por este tipo de bienes crecería en el corto plazo y la respuesta de los sectores de la producción solo se daría en un mediano o largo plazo, propiciando altos niveles de inflación.

Como se anotó anteriormente, una estrategia de desarrollo orientada hacia el desarrollo humano sostenible tiene la particularidad de que produce una redistribución gradual en el tiempo, dinámica, de los ingresos, con efectos inflacionarios más fácilmente controlables, incluso en el caso de no haber aumentos considerables en la producción en el corto plazo. La estrategia, al orientar la inversión y el crédito hacia los sectores productores de bienes de consumo masivo, permite aumentar simultáneamente la producción, minimizando así el efecto inflacionario en el corto y mediano plazo.

En síntesis, una estrategia de desarrollo orientada hacia el desarrollo humano sostenible no implica soportar altos niveles de inflación si, a la par que se aumenta el gasto en bienestar social y se redistribuye el ingreso, la inversión se orienta hacia la producción de bienes de consumo masivo, tanto en la ciudad como en el campo.

En el caso colombiano, por ejemplo, la estrategia contemplaría el aumento de la inversión pública y privada en tres sectores de la economía, a saber, la agricultura tradicional productora de alimentos, la micro y pequeña industria productora de bienes de consumo masivo, y la construcción de vivienda para estratos bajos y medios de la población y de las obras públicas, tales como acueductos, alcantarillados y vías, con el objeto de aumentar gradualmente los ingresos de los grupos de más bajos ingresos, los cuales están asociados específicamente con estos sectores de la producción, por ser precisamente ellos los que tienen la mayor capacidad para ampliar el mercado interno, dada su alta propensión a consumir de su ingreso, y el poco o ningún acceso que hoy tienen a muchos bienes en el mercado (Ramírez, 1982; Musgrave, 1978).

Además, por sus altos niveles de subconsumo, estos grupos de la población demandarían, inicialmente, bienes de consumo masivo, los cuales, a la vez, verían aumentada su oferta, porque la estrategia buscaría aumentar los ingresos de la población más pobre a través de subsidios a las actividades productivas en las cuales se encuentran, con lo cual el riesgo inflacionario sería inferior al caso de solo aumento de la demanda a través de subsidios al consumo.

Más aún, estudios sobre el caso colombiano (Banguero, 1983; González, 1982) muestran cómo la dinámica de los sectores modernos de la agricultura, la industria y los servicios estaría en buena medida condicionada por lo acontecido en los sectores de agricultura tradicional, microindustria y construcción. El impulso a estos tres sectores de manera simultánea permite maximizar el efecto expansivo sobre la demanda de la población de bajos ingresos, ya que los grupos urbanos demandarían los alimentos adicionales producidos por los agricultores en el sector tradicional y estos, a la vez, demandarían bienes industriales y servicios generales en los centros urbanos. Su impacto sobre la demanda agregada es así mayor que el producido por una estrategia de tipo unisectorial, ya que se perdería la sinergia en la demanda generada por la estrategia trisectorial.

La Estrategia de Desarrollo Humano Sostenible, la Productividad de la Mano de Obra y el Crecimiento del Producto Interno Bruto

La estrategia de desarrollo orientada hacia el desarrollo humano sostenible tiene impacto importante sobre la producción en la medida en que las acciones realizadas para potencializar/satisfacer las necesidades básicas se reflejen en la productividad de las personas. A partir de las formulaciones iniciales de la teoría del capital humano (Schultz, 1900,1901,1902, 1971; Becker, 1964) se ha consolidado un cuerpo de literatura económica significativo en cuanto a la relación educación-ingresos-productividad se refiere. Los esfuerzos han ido tanto en la dirección teórica, como en las aplicaciones del modelo (Mincer, 1974; Blaug, 1973; Rosenzweig y Morgan, 1976; Blinder, 1976; Rosenzweig, 1986; Mincer y Polachek, 1974; Kugler, 1974; León, 1982; Pak-Wai y Yue Chim, 1981; Waldorf y Waldorf, 1983, entre otros).

Por otro lado, se han llevado a cabo un buen número de investigaciones con el propósito de identificar relaciones entre el nivel de potencialización/satisfacción de las necesidades humanas básicas y la productividad de las personas.

La educación afecta la productividad humana en la medida en que capacita a las personas para procesar más información y adoptar nuevas tecnologías en los procesos de producción de bienes y servicios. La rentabilidad económica

y social de la educación ha sido analizada en numerosos estudios (Colclough, 1982; Lockheed et al., 1980; Moock, 1981; González, 1982; Selowsky, 1969; Psacharopoulos, 1973; Blaug, 1973; Franco, 1964; Dougherty, 1971; Kugler, 1974; Kugler et al., 1979; Schultz, 1979; entre otros).

Sin embargo, la educación no solo tiene impacto sobre la producción, por sus efectos directos sobre la productividad, sino que la afecta en la medida en que mayores niveles educativos están asociados con menores tasas de fecundidad y mayores tasas de participación de la mujer en la fuerza de trabajo (Cochrane, 1979; Morawetz, 1978; Standing, 1978; Banguero y Guerrero, 1983; Shields, 1980; Evason, Rosenzweig y Wolpin, 1980) y más altos niveles de nutrición y salud (Florencio y Smith, 1969).

El impacto de la nutrición sobre la productividad física y mental del individuo también ha sido tema de muchas investigaciones recientes (Scrimshaw et al., 1968; Correa, 1970, 1975; Belli, 1971; Stern, 1978; Bliss y Stern, 1978; Selowsky y Taylor, 1973; Selowsky, 1981; Immink et al., 1982; Immink y Viteri, 1981; Mckay et al., 1978; Hakim y Solimano, 1976; Banguero 1982a; Smart, 1972; Cravioto et al., 1976; Cravioto y Delicardie, 1976; Reutlinger y Selowsky, 1979; Kocher y Cash, 1979; Popkin e Ibañez, 1977; Ochoa, 1982; Pryor, 1975; Birch, 1972; Reutlinger y Alderman, 1980; Heller y Dracke, 1979; entre otros), las cuales muestran cómo la desnutrición no solo afecta la productividad física de las personas ocupadas en labores manuales, sino que también tiene efectos sobre el desarrollo del cerebro del niño en los primeros años de la vida y sobre la salud de la madre (Caldwell et al., 1978), los cuales determinan en parte el desarrollo y la productividad futura de las personas afectadas.

El impacto de la salud sobre la productividad de las personas también ha sido tema permanente de estudio (Ram y Schultz, 1979; Correa, 1970, 1975; Barlow, 1967; International Bank for Reconstruction and Development [IBRD], 1976; Preston, 1980; Puffer y Serrano, 1971; Baldwin y Weisbroad, 1975; Fein, 1964; Perlman, 1972; Malenbaum, 1970, 1973; Wisbroad et al., 1973; Usher, 1973; Conly, 1975; Ram, 1974). Pobres condiciones de salud afectan la productividad de la mano de obra y el producto de una economía de tres formas, a saber: i) aumento en la mortalidad y reducción de la esperanza

de vida al nacer, ii) aumento en la morbilidad y reducción del mínimo de horas trabajadas y iii) debilidad y disminución de la capacidad física y mental de las personas en el trabajo. Las condiciones de salud tienen además un impacto indirecto sobre el producto en la medida en que determinan en buena manera el grado de absorción de nutrientes por el organismo humano (Scrinshaw et al., 1968).

Los efectos de las condiciones de vivienda sobre la productividad de la mano de obra se manifiestan fundamentalmente a través de las mejoras en las condiciones de salud derivadas de un mayor espacio disponible, saneamiento ambiental adecuado y disponibilidad de agua potable (Stern, 1978; IBRD, 1976).

En síntesis, parece haber amplia evidencia para apoyar la tesis de que existe una alta correlación entre el grado de potencialización/satisfacción de las necesidades humanas básicas y la productividad física y mental de la población. Más aún, algunos estudios (Wheeler, 1980; Boccacci, 1983; Sheehan y Hopkins, 1979) parecen indicar que el impacto puede ser más importante de lo que inicialmente se pensaba, debido a las interrelaciones existentes entre la potencialización/satisfacción de las necesidades básicas, de tal forma que el gasto realizado para potencializar/satisfacer una de ellas afecta no solo los niveles de la misma, sino que indirectamente actúa sobre otras. Esto es claro, por ejemplo, en el caso de la educación, ya que personas más educadas están en mejor capacidad para hacer progresos en nutrición, salud y saneamiento ambiental, así como para aprovechar mejor los recursos suministrados por el Estado para la potencialización/satisfacción de sus necesidades (Kuzmin, 1979; Skolka, 1984).

Según Gutkind (1983), los efectos de las acciones orientadas a potencializar/satisfacer necesidades básicas ocurren de manera diferente en el tiempo. Así, en tanto que las mejoras en nutrición, salud y vivienda tienen efectos sobre la productividad de la mano de obra en el corto y mediano plazo, siendo decreciente su impacto en la medida en que se potencializa/satisface la necesidad, la educación tiene un impacto relativamente pequeño en el corto plazo, pero su efecto es significativo y creciente en el mediano y largo plazo (Nerlove, 1974).

Por lo tanto, una estrategia de desarrollo orientada a potencializar/satisfacer necesidades básicas tiene impactos significativos en la productividad de la mano de obra y, a través de ella, sobre el crecimiento del producto en el corto, mediano y largo plazo (Lal, 1978). Aunque en el corto plazo podrían darse reducciones en el crecimiento del producto, al adoptar una estrategia orientada hacia el desarrollo humano sostenible, su efecto positivo sobre el crecimiento de producción en el mediano y largo plazo compensan con creces la reducción en el crecimiento del producto en el corto plazo (Gutkind, 1983).

La Estrategia de Desarrollo Humano Sostenible y la Distribución de los Ingresos

Desde la aparición del trabajo de Kuznets (1955) acerca de las relaciones entre crecimiento y distribución, el problema ha sido bastante analizado en las últimas décadas (Cline, 1975; Fishlow, 1972; Jallade, 1978; Psacharopoulos, 1981; Chenery et al., 1974; Adelman y Morris, 1973; Adelman y Robinson, 1978; Atkinson, 1975; Rodgers et al., 1978; Hopkins y Van der Hoeven, 1981; Banguero, 1982b; Stiglitz, 2012).

Aunque el trabajo de Kuznets llevó a pensar en la existencia de un deterioro inevitable de la distribución de los ingresos en los países, en las etapas iniciales del proceso de desarrollo, el estudio de Chenery et al. (1974) permite mostrar cómo el impacto del crecimiento económico sobre la distribución de los ingresos depende fundamentalmente de la estrategia adoptada para lograrlo.

En el caso colombiano, los estudios realizados sobre el tema (Ranis, 1980; Urrutia, 1979,1980; Urrutia y Berry, 1975; Ramírez, 1982; Banguero, 1982a), no permiten derivar una conclusión definitiva sobre la existencia de una relación inversa entre crecimiento y la distribución de los ingresos. Sin embargo, el trabajo de Ramírez (1982), donde muestra cómo la distribución es más sensible a políticas orientadas a modificar las rentas del trabajo, de los estudios sobre impacto del gasto público en educación (Jallade, 1978) y de los gastos públicos en la educación, salud y servicios públicos (Selowsky, 1979), se deriva la conclusión de que es posible alterar de manera significativa la distribución de los ingresos en Colombia a través de una política de

inversión y gasto público orientada a potencializar/satisfacer las necesidades de los más pobres. La reorientación, no solo del gasto sino de la inversión misma, permitiría lograr de manera simultánea niveles aceptables de crecimiento del producto y mejoras en la distribución de los ingresos en el mediano y largo plazo, dentro de un ambiente de estabilidad económica y social y de sostenibilidad ambiental.

La Estrategia de Desarrollo Humano Sostenible y el Sector Externo

Una estrategia de desarrollo orientada hacia el desarrollo humano sostenible, como la definida anteriormente, tiene un impacto positivo sobre la balanza de pagos, ya que, al promover sectores de la economía como la agricultura tradicional, la microempresa y la construcción de vivienda popular, los cuales tienen bajos requerimientos de importación de bienes de capital y materias primas, se reduce la presión para conseguir divisas y crédito externo para el desarrollo. Más aún, es posible orientar una parte importante de esta producción hacia los mercados externos, particularmente si se producen en un contexto de agricultura orgánica y con sello verde. En el caso de la industria, también es posible generar una oferta exportable de bienes con alto contenido artesanal.

Por otro lado, la ampliación del mercado interno, producto de la estrategia, permite reducir, en el tiempo, la dependencia en las exportaciones que presentan las economías en desarrollo, Colombia en particular (Urrutia, 1979), de la situación del mercado mundial. Frente a un mercado internacional incierto, parece recomendable reducir la dependencia del mercado externo de la dinámica económica colombiana, e iniciar un proceso de ampliación gradual del mercado interno, mediante la incorporación al mercado de ciertos productos, los cuales esté disponibles para grandes grupos de la población que hoy en día no tiene acceso a ellos (DNP, 1975; Montes y Candelo, 1981).

La Estrategia de Desarrollo Humano Sostenible y la Inflación

Una de las críticas de la estrategia de desarrollo orientada a la potencialización/satisfacción de las necesidades básicas de la población, fue que tenía efectos inflacionarios, al estimular el consumo masivo de los grupos

más pobres en la población sin que existiera paralelamente un aumento proporcional de la oferta de estos bienes, de tal forma que se garantizara la estabilidad en los precios. De ser así, los aumentos en los precios de estos bienes podrían erosionar los ingresos adicionales generados por la estrategia, con poco o ningún impacto sobre el bienestar real de la población.

Sin embargo, las formulaciones posteriores de la estrategia, al incluir como parte fundamental de la misma el apoyo a la producción de bienes de consumo masivo en sectores tales como la agricultura, la pequeña industria productora de bienes industriales básicos y la construcción de vivienda de estratos bajos, permite crecer de manera simultánea la oferta y demanda de estos bienes, reduciendo de tal forma el riesgo inflacionario.

Más aún, la estrategia de desarrollo humano sostenible, al hacer énfasis en inversiones para potenciar, y no meramente satisfacer necesidades, genera las condiciones para que se den aumentos significativos en la productividad de los recursos, contribuyendo de esta manera a mantener niveles de oferta proporcionales a los incrementos en la demanda agregada. No existen, entonces, razones para pensar que una estrategia de desarrollo humano sostenible tiene efectos inflacionarios en el corto plazo, si ella actúa de manera simultánea en los dos componentes del mercado: la oferta y la demanda de bienes y servicios básicos.

Racionalidad Social

En la sección anterior se discutieron los impactos más significativos que tendría una estrategia de desarrollo humano sostenible sobre la demanda agregada, el crecimiento económico, la distribución del ingreso y la estabilización económica. El propósito de esta sección es analizar los impactos sociales de la estrategia en términos de: generación de empleo, eliminación de pobreza extrema y redistribución de riqueza.

La Estrategia de Desarrollo Humano Sostenible y la Generación de Empleo

Un problema crónico de un número considerable de las economías de los países en desarrollo ha sido su incapacidad para crecer con generación de empleo productivo.

Estudios realizados para el caso colombiano (OIT, 1970; Hopkins, 1981; Banguero, 1982b, 1984) muestran cómo el problema es más de naturaleza estructural que coyuntural. Los efectos benéficos de la reducción de las tasas de fecundidad están siendo compensados por el aumento en las tasas de participación de la mujer en la fuerza de trabajo y por los efectos negativos de la disminución del crecimiento poblacional sobre la demanda agregada y el crecimiento de la economía. Además, el modelo de industrialización colombiana, altamente intensivo en capital, y un régimen laboral bastante oneroso para el empresario, han llevado al país a una situación crítica en cuanto a generación de empleo se refiere.

Una estrategia de crecimiento económico como la propuesta en la sección anterior, al hacer énfasis en la inversión en los sectores con los más altos coeficientes de generación de empleo por unidad de capital invertido, agricultura tradicional en el sector rural y microempresa, vivienda en el ámbito urbano e infraestructura de vías y transporte, permitiría absorber buena parte del desempleo existente, con la característica importante de que sería un empleo productivo y remunerativo. La estrategia requiere, además, de una amplia reforma al sistema educativo colombiano, con el propósito de orientar la formación más hacia la capacitación para crear empleos, y menos a la formación tradicional para ocupar puestos de trabajo, en muchos casos inexistentes.

De lo anterior se infiere que el problema del desempleo y el subempleo en Colombia requiere de una estrategia orientada a dirigir la inversión privada y la pública y el gasto del gobierno hacia sectores de la economía en los cuales las posibilidades de generación de empleo productivo y remunerativo sean mayores, tales como los aquí propuestos: agricultura tradicional, microempresa y construcción de vivienda y vías. Algo similar puede plantearse para otros países en desarrollo con condiciones similares a Colombia en materia de empleo.

La Estrategia de Desarrollo Humano Sostenible y la Eliminación de la Pobreza Extrema

Uno de los problemas más persistentes en las economías en desarrollo es el relacionado con las condiciones de miseria absoluta en las que viven

amplios grupos de la población (Ahluwalia, 1976). Según el citado estudio, en 1969 el 15.4 % de los colombianos, es decir, 3.2 millones de personas, vivían por debajo de una línea de pobreza, equivalente a 50 dólares de ingreso anual, y el 27 % vivían por debajo de una línea de pobreza equivalente a 75 dólares de ingreso anual.

Es por ello que una estrategia de desarrollo humano sostenible, orientada a generar ingresos adicionales para los grupos entre los cuales se encuentran los más pobres, mediante el apoyo a sus actividades de producción, constituye una opción recomendable para aumentar sus niveles de consumo y mejorar el nivel de vida en el mediano plazo, con efectos más permanentes y definitivos que cualquier otro programa orientado a subsidiar el consumo mediante el suministro directo de bienes y servicios a quienes son muy pobres. La experiencia con este tipo de programas muestra que, aunque ellos son necesarios para impedir más deterioro en el corto plazo, en el largo plazo se constituyen en cargas pesadas para el Estado y agravan los problemas fiscales (Banerjee y Dufio, 2011).

La Estrategia de Desarrollo Humano Sostenible y la Distribución de la Riqueza

El impacto de una estrategia de desarrollo orientada hacia el desarrollo humano sostenible sobre la distribución de la riqueza, otro de los problemas estructurales de las economías en desarrollo, depende de la naturaleza misma de las políticas adoptadas en la estrategia. Si en ella se incluyen medidas de política para hacer en el corto plazo redistribución de tierras y otros activos productivos, el impacto es inmediato. Sin embargo, la viabilidad política de este tipo de reformas no siempre es alta, ya que la inseguridad que ella genera, tanto para los inversionistas como para los propietarios del capital, hace que se reduzcan los niveles de producción, con el consiguiente impacto en la inflación y los niveles de vida de la población.

Es por ello por lo que una estrategia de desarrollo en la cual se busque una redistribución más dinámica que estática de la riqueza, producto de medidas redistribuidoras del crédito, la inversión y el gasto público, tienen mayor probabilidad de éxito en el mediano y largo plazo. En efecto, la estrategia

produciría un cambio gradual en la estructura de la propiedad de los activos agrícolas e industriales, al atomizar la producción de bienes y servicios entre muchos pequeños productores, lo cual, a la vez, permitiría mejorar los niveles de eficiencia en la producción y obtener precios que reflejen más las condiciones del mercado y menos las ventajas monopólicas u oligopólicas de la gran producción (Piketty, 2014).

Racionalidad Ambiental

Uno de los temas objeto de crítica en las últimas décadas ha sido el deterioro ambiental causado por: i) el uso intensivo de los recursos naturales en los procesos de producción a grande escala, reflejado en la destrucción masiva del bosque nativo para liberar tierras para otros usos agrícolas, con consecuencias inevitables en el agotamiento de las aguas, la erosión de los suelos, la extinción de la fauna, el aumento de gases contaminantes en la atmósfera debido a las emisiones de dióxido de carbono originadas en las quemaduras y en el uso intensivo de combustibles fósiles en la industria y el transporte, con sus implicaciones en el calentamiento global, y la gradual desaparición del paisaje natural, y ii) la contaminación del ambiente, generada por la ausencia de una cultura de reciclaje y la disposición inadecuada de los residuos sólidos, líquidos y gaseosos, a causa del consumo masivo de las sociedades modernas.

Desde la aparición de los primeros estudios sobre la preocupación por el deterioro ambiental debido al proceso de crecimiento económico basado en la industrialización (Goldsmith et al., 1972; Meadows et al., 1974; Schumacher, 1974), el mundo ha hecho una reflexión permanente sobre este tema, con planteamientos extremos al inicio, y otros más conciliadores en épocas recientes.

El punto de partida del debate lo plantea Goldsmith (1972) en su trabajo, cuando declara:

El defecto principal del estilo de vida industrializado con su cultura de expansión es que no es sostenible [...]. Un cambio radical es necesario e inevitable porque el crecimiento de la población y del consumo por habitante, con la destrucción de los ecosistemas y el

agotamiento de recursos que conlleva, está minando los fundamentos de la supervivencia de la humanidad.

Dos años después se publica el trabajo de Meadows y el grupo del Club de Roma. Los autores obtienen las siguientes conclusiones de sus análisis:

- i. si continúan las tendencias actuales del crecimiento en la población, industrialización, polución, producción de alimentos, y agotamiento de los recursos, los límites al crecimiento de este planeta serán alcanzados en algún momento dentro de los próximos cien años. El resultado más probable sería un descenso repentino e incontrolable de ambos, la población y la capacidad industrial.
- ii. es posible alterar estas tendencias del crecimiento y establecer una condición de estabilidad ecológica y económica que sea sostenible en el futuro. El estado de equilibrio global puede determinarse de tal forma que las necesidades materiales básicas de cada persona en la tierra puedan ser satisfechas y cada persona tenga igual oportunidad de desarrollar su potencial humano.
- iii. si la gente decide luchar por el segundo resultado en lugar del primero, entre más temprano comience a trabajar por él, mayores serán las posibilidades de éxito.

Casi de manera simultánea aparece el libro de Schumacher en 1974. En él hace el siguiente planteamiento:

Una actitud hacia la vida que busca satisfacerse en la búsqueda individual de la riqueza, en breve, materialismo, no encaja en este mundo, porque no contiene en sí misma un principio limitante, en tanto que el ambiente en el cual vive está estrictamente limitado.

La respuesta a los planteamientos de los ambientalistas no se hizo esperar. Inicialmente Beckerman (1974) hace una razonada y bien documentada defensa del crecimiento económico en los siguientes términos:

La escasez de los recursos tiende a hacerlos más caros, lo cual reduce la tasa a la cual se usan y estimula la búsqueda de mayores cantidades del mismo, de substitutos o de tecnologías alternativas que

usan menores cantidades o reemplazan los recursos escasos. Esto también hace rentable el reciclaje. De esta manera, las operaciones del mercado tienden de manera natural a combatir toda tendencia al agotamiento de los recursos naturales.

Whelan (1989) plantea la defensa del crecimiento de la economía en los siguientes términos:

La misma creatividad que nos ha dado rápidos avances en la ciencia en la historia de la humanidad, también nos dará la respuesta para muchos de los que crean nuestras actividades. Las fuerzas del mercado y el ingenio humano siempre se encargarán de las crisis, suministrando soluciones que nos dejan mejor de lo que estábamos antes.

La posición conciliadora entre los dos extremos fue planteada por Brundtland (1987) en un informe de la Comisión Mundial sobre Ambiente y Desarrollo, creada por las Naciones Unidas. Aunque reconoce que los problemas ambientales de finales del siglo XX son serios, urgentes y en gran escala, no rechaza el crecimiento económico *per se*, sino cierta forma particular de generar este crecimiento, en los siguientes términos:

Lo que se necesita ahora es una nueva era de crecimiento económico, crecimiento que sea social y ambientalmente sostenible. Desarrollo sostenible es aquel que satisface las necesidades del presente sin comprometer la capacidad de las futuras generaciones para satisfacer sus propias necesidades. Sostenibilidad implica consideración por la equidad social entre generaciones, algo que también se extiende lógicamente a la presente generación.

La estrategia de desarrollo humano sostenible propuesta en este trabajo adopta esta posición conciliadora, y considera que lo requerido es un modelo de crecimiento económico que propicie la potencialización/satisfacción de las necesidades de la población, en particular de los más pobres, con la sostenibilidad ambiental. Avanzar en modelos orgánicos de producción agropecuaria, de procesos industriales no contaminantes,

y el uso cada vez más intensivo de recursos energéticos renovables y no contaminantes, son pasos promisorios dados por los países en la búsqueda de un desarrollo humano ambientalmente sostenible. Las seis políticas básicas sobre sostenibilidad ambiental definidas en el capítulo siguiente son fundamentales en el logro de bienestar para estas y las futuras generaciones.

Racionalidad Política

La Estrategia de Desarrollo Humano Sostenible y la Seguridad Ciudadana

Un impacto no económico, pero no menos importante en el contexto de las economías en desarrollo de la estrategia de desarrollo orientada al desarrollo humano sostenible, consiste en que ella permitiría integrar socialmente a grupos de la población que hoy en día se consideran totalmente marginados y olvidados por el Estado.

Políticamente la democracia se vería fortalecida al adoptarse una estrategia de desarrollo orientada a potencializar/satisfacer necesidades básicas, ya que al disminuir la desigualdad económica y social, erradicarse la pobreza extrema y mejorar los niveles de vida, los factores objetivos determinantes de la situación permanente de la inestabilidad social y política desaparecerían o, al menos, disminuirían, con impacto positivo en la percepción y realidad de la seguridad ciudadana (Roemer, 2001).

Además, la estrategia, al promover la generación de empleo productivo y remunerativo, permitiría la utilización plena de los recursos humanos, lo cual reduciría la presión psicológica y la frustración generada por el hecho de sentirse desempleado o subutilizado en la sociedad en que se vive. Algunos estudios muestran claramente la relación existente entre la frustración causada por el no tener un empleo y la probabilidad de delinquir (Roemer, 2001).

En la literatura sobre el crimen y la delincuencia se encuentran numerosos estudios sobre sus factores determinantes en una cantidad importante de países en desarrollo, en un esfuerzo por evaluar el impacto de variables económicas (ingreso por habitante y distribución del ingreso) y sociales (tasa de desempleo, nivel educativo, condiciones de vivienda, pobreza, calidad de vida) sobre la criminalidad en sus diferentes manifestaciones (Becker, 1968,

1993; Erlich, 1973; Smith y Witte, 1984; Comisión de Estudios sobre Violencia, 1995; Fajnzylber et al., 1998; Rubio, 1999, entre otros).

Aunque entre los autores no hay un consenso sobre los factores determinantes del crimen y la violencia, hay suficiente evidencia para apoyar la relación existente entre ingreso, distribución del ingreso, desempleo y pobreza extrema y la criminalidad en países en desarrollo. Dado que estos son los aspectos sobre los cuales una estrategia de desarrollo humano sostenible tendría su mayor incidencia en el mediano y largo plazo, su impacto en la percepción y realidad de la seguridad ciudadana sería evidente. Los estudios permiten concluir que a mayor ingreso por habitante, mayor equidad en la distribución del ingreso, menores tasas de desempleo, menos población en condición de pobreza extrema y menor probabilidad de ocurrencia del delito, así estos no sean los únicos determinantes de la criminalidad en los países estudiados (Roemer, 2001).

La Estrategia de Desarrollo Humano Sostenible y la Consolidación de la Democracia

Sin duda, el destino de las sociedades democráticas de los países en desarrollo dependerá en buena parte de la capacidad que tengan para resolver los problemas sociales que las aquejan. La experiencia de muchos países en desarrollo es la de la manifestación constante de un inconformismo derivado de la incapacidad de los gobiernos para potencializar/satisfacer las necesidades más primarias de la población. En ocasiones la situación llega a tal punto que genera salidas indeseables, tales como prolongadas guerras civiles o repetidos golpes militares, que conllevan graves violaciones de los derechos humanos y la restricción de las libertades individuales (Acemoglu y Robinson, 2005). En una obra posterior estos autores muestran cómo en aquellos países en los cuales existe una riqueza natural significativa, esta lleva a que la misma sea apropiada por élites dominantes que imponen sus propias reglas de juego político, perpetuando la pobreza de grandes grupos de la población. En contraste, en aquellos países en los cuales no existió al inicio de su proceso de desarrollo económico esta situación, y la población se vio obligada a generar riqueza con base en el trabajo de todos, en condiciones de

igualdad de oportunidades, la democracia floreció y consolidaron instituciones que garantizan la libertad de expresión y la inclusión social (Acemoglu y Robinson, 2012).

La estrategia del desarrollo humano sostenible, al crear las condiciones para el pleno aprovechamiento de las oportunidades por parte de todos los grupos en la población, mediante la potencialización/satisfacción de sus necesidades más básicas, en un contexto ambientalmente sostenible, propicia las condiciones económicas, sociales y ambientales para el florecimiento de auténticas democracias en los países en desarrollo. Sin duda, el mejor aliado de una democracia es la presencia de un modelo de desarrollo que genere empleo, ingresos y bienestar social para todos en la población, en un contexto ambientalmente sostenible.

Esta última condición es importante, ya que como lo plantea Goldsmith (1972):

Hay razones para creer que las enfermedades sociales que afectan la sociedad en la actualidad –aumento de crimen, delincuencia, vandalismo, alcoholismo y adicción a la droga, están íntimamente relacionados y son síntomas de la ruptura de un patrón cultural que, a la vez, representa un aspecto de la desintegración de nuestra sociedad. Estas tendencias pueden acentuarse con más crecimiento demográfico y económico [...]. Es la causa misma, el crecimiento demográfico y económico sin límites, lo que debe corregirse.

De igual forma, Whelan (1989) argumenta que la prosperidad que trae consigo el crecimiento económico ayuda a resolver los problemas del medio ambiente. Respecto a lo anterior, afirma:

Las sociedades prósperas son limpias, saludables y agradables para vivir porque generan suficiente riqueza para pagar para satisfacer las necesidades básicas, y todavía queda para pagar los proyectos ambientales que hacen la vida más agradable. Los países pobres, son sucios, degradados e insalubres, porque donde la gente está escarbando para sobrevivir no tiene tiempo para pensar sobre la conservación del medio ambiente.

En resumen, podría afirmarse que la adopción de un modelo de desarrollo humano sostenible en una sociedad con grandes inequidades económicas y sociales, por su propia dinámica centrada en el desarrollo de las potencialidades de los más pobres, crea gradualmente, en el tiempo, las condiciones para la consolidación de la democracia y un ambiente de profundo respeto por las libertades políticas individuales. La inclusión social es, por lo tanto, la mejor garantía para la sostenibilidad del sistema democrático en el mundo (Acemoglu y Robinson, 2012).

Viabilidad Política de la Estrategia del Desarrollo Humano Sostenible

Como lo anota Graciarena (1979), para el caso Latinoamericanos el éxito de una estrategia de desarrollo orientada a potencializar/satisfacer necesidades básicas no solo depende de la bondad de esta frente a otras alternativas posibles, sino de la viabilidad política de la misma y de la capacidad del Estado para organizarse en función de la nueva estrategia.

En cuanto a la viabilidad política, este autor considera que tiene pocas posibilidades de que ella sea aplicada en algún país latinoamericano en el corto plazo, debido a la existencia de regímenes opuestos a ella, como son las autocracias tradicionales o las democracias elitistas. Sin embargo, señala que dado el vertiginoso dinamismo del tiempo histórico y las simientes del cambio que ello conlleva, nadie debería sorprenderse si en pocos años los problemas sociales de estos países llevan a esta opción a convertirse en el horizonte más probable de nuestros pueblos.

Si bien es cierto que en este trabajo se ha mostrado la racionalidad económica, social, ambiental y política de la estrategia de desarrollo orientada a potencializar/satisfacer necesidades básicas, su implementación en un país como Colombia requiere de un consenso político, o mejor, de una decisión política para lograrlo. Pero incluso en el caso de que este consenso político existiera, o de que las condiciones sociales del país llevaran a su adopción, el más serio obstáculo para el logro de sus objetivos sería la capacidad del Estado actual para llevarla a cabo.

Tres cambios fundamentales parecerían necesarios para el logro de los objetivos bajo una estrategia de desarrollo orientada hacia el desarrollo

humano sostenible, a saber: i) introducción de procesos de planificación económica y social a todos los niveles de la administración, ii) reestructuración de la administración del Estado para hacerla más descentralizada y participativa (Friedmann, 1979) y iii) reformas fiscales orientadas a racionalizar el gasto público, distribuir ingresos y fomentar el crecimiento de los sectores claves definidos en la estrategia misma.

Si bien es cierto que una estrategia de desarrollo orientada a satisfacer necesidades básicas no requiere de la intervención directa del Estado en todas las esferas de la actividad económica y social, ella es fundamental en la concepción y evaluación de las políticas macroeconómicas requeridas para lograr los objetivos propuestos en el mediano y largo plazo.

Finalmente, uno de los problemas políticos más serios que enfrenta cualquier estrategia de desarrollo de mediano o largo plazo en los países en desarrollo, particularmente en el caso colombiano, es la falta de continuidad en la administración pública, dado que no existen planes de desarrollo de partidos políticos, sino de presidentes, y su permanencia en el poder es generalmente muy corta para realizar una labor como la que requiere una estrategia de desarrollo humano sostenible.

Esta situación lleva a la conclusión de que una estrategia como la presentada a lo largo de este trabajo sería más viable si ella se adopta como un programa o plataforma de partido, a ser desarrollada por varios gobiernos o administraciones, más que como un programa del gobernante de turno. Hacer esto posible, implica una reforma política de fondo en nuestros países, altamente permeados por las prácticas clientelistas y caudillistas de larga tradición. Una nueva cultura política, que promueva la búsqueda del bien común sobre el beneficio de individuos o clientelas, es una condición necesaria para el éxito de una estrategia orientada al logro desarrollo humano sostenible.

Conclusión

A lo largo de este capítulo se presentaron argumentos teóricos y empíricos suficientes para mostrar la racionalidad económica, social, ambiental y política de una estrategia orientada al logro del desarrollo humano sostenible. Sin embargo, ello no garantiza su viabilidad política, ya que esta depende críticamente de la voluntad de la dirigencia política para adoptarla y hacerla realidad.

Referencias

- Acemoglu, D. y Robinson, J. (2005). *Economic origins of dictatorship and democracy*. Cambridge University Press.
- Acemoglu, D. y Robinson, J. (2012). *Why nations fail. The origins of power, prosperity and poverty*. Crown.
- Adelman, I. y Morris, C. T. (1973). *Economic growth and social equity in developing countries*. Stanford University Press.
- Adelman, I. y Robinson, S. (1978). *Income distribution policy in developing countries*. Oxford University Press.
- Ahluwalia, M. (1976). Inequality, poverty and development. *Journal of Development Economics*, 3(4), 307-342. doi: 10.1016/0304-3878(76)90027-4
- Atkinson, A. B. (1975). *The economics of inequality*. Claredon Press.
- Baldwin, R. y Weisbrod, B. (1975). Disease and labor productivity. *Economic Development and Cultural Change*, 22(3).
- Banerjee, A. y Esther Duflo. (2011). *Repensar la pobreza. Un giro radical en la lucha contra la desigualdad global*. Editorial Taurus.
- Banguero, H. (1982). Colombia 2000: A framework for population, employment, growth, income distribution and essential human needs planning. *ILO Working Paper*, (WEP 2-32fVVP 31).
- Banguero, H. (1982a). La nutrición como determinante del rendimiento escolar. *Revista de Planeación y Desarrollo*, 14(1).
- Banguero, H. (1983). Disminución del crecimiento de la población, distribución del ingreso y recesión económica. *Desarrollo y Sociedad*, (11), 21-44.
- Banguero, H. (1984). Los mercados de trabajo sectoriales en Colombia y sus implicaciones para la política educativa. En SENA (ed.). *Educación, formación profesional y empleo*. SENA.
- Banguero, H. (1985a). *Colombia Basic Needs Model. Colombia 2000. Versión II*. OIT.

- Banguero, H. y Guerrero, B. (1983). La transición demográfica en Colombia: determinantes e impactos económicos y sociales. *Revista de Planeación y Desarrollo*, 15(1).
- Barlow, R. (1967). The economic effects of malaria eradication. *American Economic Review*, 57(2), 130-148.
- Becker, G. (1964). *Human capital*. Columbia University Press.
- Becker, G. (1968). Crime and punishment: An economic approach. *Journal of Political Economy*, 76(2), 169-217.
- Becker, G. (1977). *Teoría económica*. Fondo de Cultura Económica.
- Becker, G. (1993). Nobel lecture: The economic way of looking at behavior. *Journal of Political Economy*, 101(3), 385-409.
- Beckerman, W. (1974). *In defense of economic growth*. Cape.
- Belli, P. (1971). The economic implications of malnutrition: The dismal science revisited. *Economic Development and Cultural Change*, 20(1), 1-23.
- Birch, H. (1972). Functional effects of total malnutrition. En *Annual progress in child psychiatry and child development*. New York Brunner, Mazel Inc.
- Blaug, M. (1973). *An introduction to the economics of education*. Allen Lane, Penguin.
- Blinder, A. S. (1976). On dogmatism in Human Capital Theory. *The Journal of Human Resources*, 11(1), 8-22.
- Bliss, C. y Stern, N. (1978). Productivity, wages and nutrition. *Journal of Development Economics*, 5(4), 331-362. doi: 10.1016/0304-3878(78)90016-0
- Bliss, C. y Stern, N. (1978). Productivity, wages and nutrition. *Journal of Development Economics*, 5(4), 331-362. doi: 10.1016/0304-3878(78)90016-0
- Bocacci, G. (1983). *Los determinantes de la calidad y la productividad de la mano de obra* [Tesis de Maestría en Economía, Universidad de los Andes]. Universidad de los Andes.
- Brundland, G. H. (1987). *Our common future. Report of the World Commission for the Environment and Development*. United Nations.

- Caldwell, H., Campbell, C., Dunlop, D. y Fielder, J. (1978). *The dynamics of human capital formation in the African context. A review of the relationship between health, nutrition, education and population change*. Vanderbilt University.
- Chenery, H., Ahluwalia, M., Bell, C., Duloy, J. y Jolly, R. (1974). *Redistribution with growth*. University of Sussex.
- Cline, W. (1975). Distribution and development. *Journal of Development Economics*, 1(4), 359-400. doi: 10.1016/0304-3878(75)90019-x
- Cochrane, S. (1979). *Fertility and education*. The John Hopkins University Press.
- Colclough, C. (1982). The impact of primary schooling on economic development: a review of evidence. *World Development*, 10(3), 167-185.
- Comisión de Estudios sobre la Violencia. (1995). *Colombia: violencia y democracia* (4 ed.). IEPRI, Universidad Nacional de Colombia, Colciencias.
- Conly, G. (1975). Estudio de casos de la malaria en Paraguay. *Boletín de la Oficina Sanitaria Panamericana*.
- Correa, H. (1970). Sources of economic growth in Latin America. *Southern Economic Journal*, 37(1), 17-31.
- Correa, H. (1975). *Population, health, nutrition and development*. Lexington Books, Lexington, Mass.
- Cravioto, J., DeLicardie, E. R. y Birch, H. G. (1966). Nutrition, growth and neuro-integrative development: An experimental and ecological study. *Pediatrics*, 38(2), 319-320.
- Cravioto, J. y DeLicardie, E. R. (1976). Malnutrition in early childhood. *Food and Nutrition*, 2(4).
- Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE). (1984). *Colombia estadística*. DANE
- Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE). (2015). *Boletín de prensa sobre comercio exterior colombiano*. DANE
- Departamento Nacional de Planeación (DNP). (1975). *Para cerrar la brecha. Plan de Desarrollo Social, Económico y Regional 1975-1978*. DNP.

- Departamento Nacional de Planeación (DNP). (1977). La economía colombiana 1950–1975. *Revista de Planeación y Desarrollo*, 9(3).
- Dougherty, C. (1971). El futuro de la educación colombiana: proyecciones y prioridades. *Revista de Planeación y Desarrollo*, 3(1).
- Ehrlich, I. (1973). Participation in Illegitimate Activities: A Theoretical and Empirical Investigation. *Journal of Political Economy*, 81(3), 521-565.
- Evanson, R., Rozennzweig, M. y Wolpin, K. (1980). *Economic determinants of fertility and child health in Philippine and Indian rural household*.
- Fajnzylber, P., Lederman, D. y Loayza, N. (1998). ¿Qué causa el crimen violento? En M. Cárdenas y R. Steiner. *Corrupción, crimen y justicia. Una perspectiva económica*. Tercer mundo Editores, Fedesarrollo, Lacea, Colciencias.
- Fein, R. (1964). Health programs and economic development. En M. Perlman, *The economics of health and medical care*. University of Michigan Press.
- Fishlow, A. (1972). Brazilian size distribution of income. *The American Economic Review*, 62(1/2), 391-402.
- Florenco, C. y Smith, V. (1969). Efficiency of food purchasing among working class families in Colombia. *Journal of the American Dietician Association*, 55(3), 239-245.
- Franco, A. (1964). *Investment on education, Colombia and USA*.
- Friedmann, J. (1979). Basic needs, agropolitan development, and planning from below. *World Development*, 7(6), 607-613. [https://doi.org/10.1016/0305-750x\(79\)90096-2](https://doi.org/10.1016/0305-750x(79)90096-2)
- Goldsmith, E., Allen, R., Allaby, M., Davoll, J. y Lawrence, S. (1972). A blueprint for survival. *The Ecologist*.
- González, J. I. (1982). Tasa de retomo de la educación, productividad y nivel de pobreza en la pequeña industria. *Revista Desarrollo y Sociedad*, (7), 147-162. doi: 10.13043/dys.7.5
- Graciarena, J. (1979). La estrategia de las necesidades básicas como alternativa. Sus posibilidades en el contexto latinoamericano. *Revista de la Cepal*, 8, 41-55.

- Gutkind, E. (1983). Towards basic needs policies in development planning. *ILO Working Paper*, (2-23/WP 47).
- Hakim, P. y Solimano, G. (1976). Nutrition and national development: The case of Chile. *International Journal of Health Services*, 9(3), 495-510.
- Heller, P. y Duke, W. (1979). Malnutrition, child morbidity and the family decision process. *Journal of Development Economics*, 6(2), 203-235. doi: 10.1016/0304-3878(79)90013-0
- Hopkins, M. (1981). Employment, under-employment and unemployment: the case of Colombia. *ILO Working Paper*, (WEP 2-32/WP 33).
- Hopkins, M., Torres, J. E. y Banguero, H. (1982). Necesidades humanas esenciales: teoría, modelo y resultados. En H. Banguero (Ed.). *Colombia 2000. Colección Debates. CEDE No. 4*. Pontificia Universidad Javeriana.
- Hopkins, M. y Van der Hoeven, R. (1981). Modelling economic and social factors in development. *ILO Working Paper*, (WEP 2-32/WP 32).
- Immink, M., Viteri F. y Hels, R. (1982). Energy intake over the life cycle and human capital formation in Guatemalan sugarcane cutters. *Economic Development and Cultural Change*, 30(2).
- Immink, M. y Viteri, F. (1981). Energy intake and productivity of Guatemalan sugarcane cutters. *Journal of Development Economics*. 9(2), 273-287.
- International Bank for Reconstruction and Development (IBRD). (1976). *Village water supply*. World Bank.
- Jallade, J. (1982). Basic education and income inequality in Brazil. *World Development*, 10(3), 187-197. doi: 10.1016/0305-750x(82)90009-2
- Keynes J. M. (1937). Some economic consequences of a declining population. *The Eugenics Review*, 29(1), 13-17.
- Kocher, J. y Cash, R. (1979). *Achieving health and nutritional objectives within a basic needs framework*. Harvard Institute for International Development.
- Kugler, B. (1974). Influencia de la educación en los ingresos de trabajo. El caso colombiano. *Revista de Planeación y Desarrollo*, 6(2).

- Kugler, B., Reyes, A. y de Gómez, M. I. (1979). Educación y mercado de trabajo urbano en Colombia: una comparación entre sectores moderno y no moderno. *Monografía CCRP*, (10).
- Kuzmin, S. A. (1979). Policy interactions within an integrated basic needs oriented development strategy. *ILO Working Paper*, (WEP 2-32/ WP18).
- Kuznets, S. (1955). Economic growth and income inequality. *The American Economic Review*, 45(1).
- Lal, D. (1978). *The basic needs approach at the third development decade*. University College.
- León, A. (1982). Diferencias de ingreso entre ramas de actividad en Colombia: una aplicación del modelo de capital humano. *Revista de Planeación y Desarrollo*, 14(1).
- Lockeed, M., Jannison, D. y Lau, L. (1980). Former education and farm efficiency: a survey. *Economic Development and Cultural Change*, 29(1), 37-76.
- Malenbaum, W. (1970). Health and productivity in poor areas. En H. F. Klarman (ed.), *Empirical studies in health economics*. John Hopkins University Press.
- Malenbaum, W. (1973). Health and economic expansion in poor lands. *International Journal of Health Services*, 3(2), 161-176.
- Mario, O. (1982). Bienestar económico, nutrición y distribución de ingreso (Un enfoque neoclásico). *Revista Desarrollo y Sociedad*, (9), 107-119. doi: 10.13043/dys.9.5
- McKay, H., Sinisterra, L., McKay, A., Gómez, H. y Lloreda, P. (1978). Improving cognitive ability in chronically deprived children. *Science*, 200(4339), 270-278. doi: 10.1126/science.635585
- Meadows, D., Meadows, D., Randers, J. y Behrens, W. (1974). *The limits to growth*. Universe Books.
- Mincer, J. (1974). *Schooling experience and earnings*. NBER.
- Mincer, J. y Polachek, S. (1974). Family investments in human capital: Earnings of women. *Journal of Political Economy*, 82(2), S76-S108.

- Montes, G. y Candelo, R. (1981). El crecimiento industrial y la generación de empleo en Colombia: entre la sustitución de importaciones y la promoción de exportaciones. *Revista de Planeación y Desarrollo*, 13(1-2).
- Moock, P. (1981). Education and technical efficiency in small-farm production. *Economic Development and Cultural Change*, 29(4), 723-739.
- Morawetz, D. (1978). Basic needs policies and population growth. *World Development*, 6(11-12), 1251-1259. doi: 10.1016/0305-750x(78)90014-1
- Musgrove, P. (1978). *Consumer behavior in Latin America: Income and spending of families in ten Andean cities*. Brookings Institute.
- Nerlove, M. (1974). Household and economy: Toward a new theory of population and economic growth. *Journal of Political Economy*, 82(2), S200-S218.
- Oficina Internacional del Trabajo (OIT). (1970). *Hacia el pleno empleo. Un programa para Colombia*. IOT.
- Pak-wai, L. y Wong, Y. (1981). Human capital and inequality in Singapore. *Economic Development and Cultural Change*, 29(2), 275-293.
- Perlman, M. (1972). On health, population change and economic development. En M. Perlman (Ed.), *Regional and population economics*. Gordon and Breach.
- Piketty, T. (2014). *Capital in the Twenty-First Century*. The Belknap Press of Harvard University Press.
- Popkin, B. e Ibañez, M. L. (1977). *Nutrition and learning: an economic analysis*. UNC.
- Preston, S. (1980). Causes and consequences of mortality declines in less developed countries during the twentieth century. En R. Easterlin (Ed.), *Population and economic change in developing countries*. University of Chicago Press.
- Pryor, G. (1975). Malnutrition and the critical period hypothesis. En J. W. Prescott et al., *Brain function and malnutrition*. Wiley.

- Psacharopoulos, G. (1973). *Returns to education*. Elsevier.
- Psacharopoulos, G. (1981). Education, employment and inequality in LDCs. *World Development*, 9(1), 37-54. doi: 10.1016/0305-750x(81)90075-9
- Puffer, R. y Serrano, C. (1971). *Patterns of mortality in childhood*. Panamerican Health Organization.
- Ram, R. (1974). India's agriculture during 1950-70: An exercise in growth source analysis. *University of Chicago Agricultural Economic Paper*, 74.
- Ram, R. y Schultz, T. (1979). Life Span, health, savings, and productivity. *Economic Development and Cultural Change*, 27(3), 399-421. doi: 10.1086/451107
- Ranis, G. (1980). Distribución del ingreso y crecimiento en Colombia. En *Desarrollo y Sociedad No. 3*. Universidad de los Andes.
- Reutlinger, S. y Alderman, H. (1980). The prevalence of calorie-deficient diets in developing countries. *World Development*, 8(5-6), 399-411. doi: 10.1016/0305-750x(80)90073-x
- Reutlinger, S. y Selowsky, M. The economic dimensions of malnutrition in young children. *Finance and Development*, 16(2), 20-24.
- Rodgers, G., Hopkins, M. y Wery, R. (1978). *Population, employment and inequality - Bache Philippines*. Saxon House.
- Roemer, A. (2001). *Economía del crimen*. Editorial Limusa.
- Rosenzweig, M. (1976). Nonlinear earnings functions, age, and experience: A nondogmatic reply and some additional evidence. *The Journal of Human Resources*, 11(1), 23-27. doi:10.2307/145071
- Rosenzweig, M. y Morgan, J. (1976). Wage Discrimination: A Comment. *The Journal of Human Resources*, 11(1), 3-7. doi:10.2307/145069
- Rubio, M. (1999). *Crimen e impunidad. Precisiones sobre la violencia*. Tercer Mundo Editores, CEDE.
- Schmidt, P. y White, A. (1984). *An economic analysis of crime and justice. Theory, methods and applications*. Academic Press Inc.

- Schultz, T. (1960). Capital formation by education. *Journal Of Political Economy*, 68(6), 571-583. doi: 10.1086/258393
- Schultz, T. (1961). Investment in human capital. *The American Economic Review*, 51(1), 1-17.
- Schultz, T. (1962). Reflections on investment in man. *Journal Of Political Economy*, 70(5, Part 2), 1-8. doi: 10.1086/258723
- Schultz, T. (1971). *Investment in human capital*. The Free Press.
- Schultz, T. (1979). Rentabilidad de la educación en Bogotá. *Revista Colombiana de Educación*, 4(II).
- Schumacher, E. F. (1974). *Small is beautiful*. Editorial Sphere.
- Scrinshaw, N. S. Taylor, C. E. y Gordon, J. (1968). *Interactions of nutrition and infection*. Monograph Series 57. WHO.
- Selowsky, M. (1969). El efecto del desempleo y el crecimiento sobre la rentabilidad de la inversión educacional: una aplicación a Colombia. *Revista de Planeación y Desarrollo*, 1(2).
- Selowsky, M. (1979). *¿Who benefits from government expenditures? A case study of Colombia*. Oxford University Press.
- Selowsky, M. (1981). Nutrition, health and education: The economic significance of complementarities at early age. *Journal of Development Economics*, 9(3), 331-346. [https://doi.org/10.1016/0304-3878\(81\)90011-0](https://doi.org/10.1016/0304-3878(81)90011-0)
- Selowsky, M. y Taylor, L. (1973). The economics of malnourished children: An example of disinvestment in human capital. *Economic Development and Cultural Change*, 22(1).
- Sheehan, G. y Hopkins, M. (1979). *Basic needs performance*. ILO.
- Shields, Nwanganga. (1980). *Female labour force participation and fertility. Review of empirical evidence*. World Bank Staff Paper.
- Skolka, J. (1984). The Influence of basic needs policies on sectorial value added shares in input-output tables. *ILO Working Paper*, (WEP 2-32/WP 55).
- Smart, K. I. (ed.). (1972). *Malnutrition and endemic diseases: Their effects on education in developing countries*. Unesco Institute for Education.

- Standing, G. (1978). *Labour force participation and development*. ILO.
- Stiglitz, J. (1980). Tendencias de la distribución del ingreso en la próxima década. En *La economía colombiana en la década de los ochenta*. Fedesarrollo.
- Stiglitz, J. (2012). *El precio de la desigualdad*. Editorial Taurus.
- Teilhet-Waldorf, S. y Waldorf, W. (1983). Earnings of self-employed in an informal sector: A case study of Bangkok. *Economic Development and Cultural Change*, 31(3), 587-607.
- Urrutia, M. (1979). *50 años de desarrollo económico*. Editorial La Carreta.
- Urrutia, M. y Berry, A. (1975). *La distribución del ingreso en Colombia*. Editorial La Carreta.
- Usher, D. (1973). An imputation to the measure of economic growth for changes in life expectancy. En M. Moss (Ed.), *The Measurement of Economic and Social Performance*. NBER.
- Weisbrod, B., Andreano, R., Baldwin, R., Epstein, E., Kelley, A. y Helminiak, T. (1973). *Disease and economic development: The impact of parasitic diseases in St. Lucia*. University of Wisconsin Press.
- Wheeler, D. (1980). Basic needs fulfillment and economic growth. *Journal of Development Economics*, 7(4), 435-451. doi: 10.1016/0304-3878(80)90038-3
- Whelan, R. (1989). *Mounting greenery*. Institute of Economic Affairs. Education Unit.